



El molino
de los
tiendes

Marion Davies
Owen Moore
Karl Dane



ARBUCKLE, Roscoe "Fatty"
(SOTA EL PSEUDÒNIM DE WILLIAM
GODDARD)



La Novela Metro Goldwyn

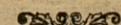
Publicación Semanal de argumentos
de películas de
Núm. 25
METRO GOLDWYN MAYER
47 :: y FIRST NATIONAL :: Cénts.

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 2717 A - Barcelona

El Molino de los Duendes

(THE RED HILL, 1927)
Comedia interpretada por

MARION DAVIES, OWEN MOORE,
LOUISE FAZENDA y KARL DANE.



PRODUCCIÓN

METRO-GOLDWYN-MAYER

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

MALLORCA, 220 — BARCELONA



EL MOLINO DE LOS DUENDES

Argumento de la película

Holanda, bello país, el de los molinos de viento... y del queso.

Por ambas cosas le conocemos la mayoría, pero los que han tenido la suerte de visitarlo saben que tiene un motivo más poderoso que todos para que nos descubramos al pronunciar su nombre: sus mujercitas.

Nuestro maestro Luna, pensando en Holanda, nos ha deleitado con su música divina en una zarzuela que siempre será nueva: "Molinos de Viento".

Pero allá, como en todas partes, hay de todo: mujeres infelices y mujeres felices.

Una de aquéllas era Natalia, gentil muchacha privada de cariño desde su infancia y tiranizada por Benigno, el dueño de la posada "El Molino Rojo".

Benigno era, a pesar de su nombre, un bruto de la peor especie, que no miraba otra cosa que su egoísmo sin límite.

Natalia era la única moza de la posada, por lo que su trabajo no la dejaba ni el menor instante de descanso.

No se la conocían amigos, ni podía tenerlos, pero, sin que nadie lo supiera, tenía un confidente de sus penas e ilusiones en un ratoncito blanco con el que se habían hecho grandes amigos.

Para que el diminuto roedor no fuese descubierto, le hizo un agujero en uno de sus zuecos y en él se acomodaba, como en el mejor palacio, el señor Pérez, que así se llamaba el favorito de la Cenicienta.

El invierno era, como todos los años, crudo, y en los muelles se congregaba numeroso gentío, para patinar sobre el hielo.

Parecía como si la gente quisiera con el fá-

cil deporte, sacudirse la tristeza que le producía el paisaje nevado.

Aquel día organizábase un gran concurso de patinaje, por parejas, y también de hombres solos y de mujeres solas.

Natalia hubiese querido asistir a aquella fiesta, que congregaba en el muelle principal de la población a la juventud, pero su esbirro, para evitarlo, la obligó a volver a fregar los suelos con jabón y a dejar como nuevos los metales.

La infortunada cumplió los encargos del desalmado, y para hacerse la ilusión de que patinaba sobre hielo, calzóse los patines, que sólo empleaba cuando, en invierno, naturalmente, iba de compras para la posada, y se puso a girar por el suelo enjabonado de la cocina, al mismo tiempo que pasaba, arrollada al extremo de una escoba, la bayeta mojada para quitar el jabón.

De este modo fregó los suelos y se divirtió, a su modo, un poco.

Para tomarse una ligera tregua sentóse en un escabel, ante la tosca mesa de la cocina,

y, acordándose de su amigo el ratón, sacóse el zueco que le servía de vivienda y acarició al roedor como una madrecita.

—¿Tendrás apetito, verdad? Pues prepárate a merendar. ¿Te gusta el queso, pillín?—le dijo, haciendo cariñosos gestos.

El ratón irguió su hocico al ver en manos de Natalia un cuarto de bola de queso y se las prometió muy felices.

En tan simpática operación se hallaba Natalia, cuando Benigno apareció en la cocina, para vigilar el trabajo de la esclavizada criada.

Al sorprenderla sentada y dando de comer a Pérez, se enfureció, congestionándosele el rostro de un modo horrible.

Natalia temblaba. Conocía sobradamente al tirano y sabía que iba a pegarle.

El ratón, apenas se dió cuenta de la presencia del bruto, puso patas en polvorosa.

Benigno gritó:

—¡Perezosa, holgazana! En un mes te he pillado dos veces sentada. ¡Y no toleraré que un ratón se coma todas mis ganancias!

Intentó apoderarse de Pérez, pero éste era ligero y astuto, y escondióse en la carbonera.

—¡Sal de ahí, maldito, o pego fuego! — vociferó, viéndose burlado, el perseguidor.

Pero Pérez se hizo el chino.

—¡Sal de ahí, te digo!

Natalia, desafiando la ira de Benigno, le dijo, sujetándolo por un brazo:

—¡No, por favor! Descuénteme de mi salario lo que él se pueda comer.

—Aparta, idiota. Ese estúpido capricho viene de la falta de trabajo. Pero ya he hallado la solución: de hoy en adelante plancharás la ropa. Ahí tienes una mesa desmontable para ello. Desembálala y colócala en un rincón donde no haga estorbo. ¡Y a ver si te das prisa!

Natalia recuperó a su espantado amigo cuando Benigno hubo desaparecido, y después de asegurarlo bien en el zueco, entregóse a la tarea de montar la mesa de planchar.

Esta estaba formada por varias piezas que se entrecruzaban, y parecía fácil de montar;

pero Natalia no lo logró a pesar de la buena voluntad que puso en ello.

¿Qué diría Benigno cuando volviese y en-



—Descuénteme de mi salario lo que se pueda comer.

contrase la mesa tal como había llegado del almacén?

¡Que dijese lo que quisiera! ¿Por qué no la montaba él antes de marcharse?

Irritada al pensar en la nueva repulsa que recibiría del salvaje patrón, tiró lejos de sí la mesa y ¡oh, milagro! ésta quedó montada perfectamente.

—¡Bravo! — palmoteó—. ¡De buena me he librado!

Afuera, entretanto, la gente se divertía de lo lindo; los jóvenes patinando, y los viejos viendo la alegría de aquéllos.

Entre el elemento masculino se hallaba un forastero, de aspecto que daba a suponer que era poco menos que millonario.

El aludido era Daniel Trigo, un joven muy elegante y agradabilísimo que visitaba Holanda no tanto por sus paisajes invernales como por sus mujeres bonitas.

Esta era su profesión: conocer hijas de Eva.

Le acompañaba en sus viajes una molécula de secretario, un tal César, más feo que Picio y que lo mismo servía para ayudarle a vestirse o desnudarse que para llevarle un recadito a una princesa de la belleza.

Una obesa soltera se fijó en que Daniel no

patinaba y se le acercó para ofrecérsele como pareja.

—¿Quiere ustel patinar con Lolín, señor? — le dijo tierna como una paloma.

Daniel, por muy invierno que fuese, sintió que le corría el sudor por la frente sólo de ver a la ballena ambulante; pero, muy amable, le sonrió y repuso:

—Me gustaría mucho patinar con usted, encantadora señorita, pero a César le gustará más, ¿verdad, César?

El secretario, que parecía un enano al lado de la gigantesca mujer, deseó fundirse antes que ser su pareja; mas no logró rehuir la pesada obligación y, muy a pesar suyo, fué el hazmerreír de los espectadores.

La ballena suelta gozaba dominando al pequeño César, y de pronto, en un viraje, resbalaron los dos, se cayeron y quedaron sentados en la nieve entre risotadas del público.

Levantáronse dificultosamente, y al proponerle la "frágil" soltera que siguieran patinando, César pretextó sentirse indispuesto y la plantó, yendo a esconderse tras unos

barriles para que no se le ocurriera ir a buscarle otra vez.

El momento del concurso de mujeres solas estaba próximo. Primorosas muchachas rodeaban a Daniel, que había sido nombrado juez del concurso, y todas anhelaban que patinase con ellas, rogándoselo con sus cariñosas miradas.

Pero Daniel, un tanto fatigado, no eligió a nadie, limitándose a galantearlas a todas, pues eran adorables a cual más.

Y les dijo:

—Espero que todas vosotras tomaréis parte en el concurso de patinadoras. Yo soy el juez y le daré un beso a la vencedora.

Una ola de deseo envolvió a las muchachas.

¿Quién sería la afortunada que recibiría un beso de aquel agradable forastero?

Como una nube de pájaros alejaronse las muchachas, para ir a comunicar a las demás muchachas el premio ofrecido por Daniel y entrenarse sobre el hielo; y entonces

el simpático juez quedó solo y tranquilo cerca de la posada "El Molino Rojo".

Natalia, atraída a una ventana por el rumor de las voces de las muchachas que rodearan a Daniel, vió a éste y no pudo resistir al anhelo de verle de cerca. Cercioróse de que Benigno dormía en el corredor y salió de la posada por la ventana de la cocina.

Cuando llegó junto a Daniel, éste se disponía a fumar, pero su encendedor le fallaba repetidamente, poniéndole de un humor de perros.

Natalia, que no podía mirar de frente al forastero, pues éste se movía de un lado a otro tratando de detener el viento para que no le mareara más el encendedor, le dijo, burlándose del aparato automático:

—Me parece que el invierno que viene estará usted todavía así.

—¿Por qué lo dice usted... monada? — replicó Daniel, amoscado.

—Porque eso no enciende nada.

—Nada, no, pimpollo; porque me enciende la sangre.

—Pues es mejor que no siga dándole al botoncito ese y que encienda con una cerilla.

Para Daniel, la Cenicienta era una muchacha poco interesante y le molestaba su presencia, pero la mocita se expresaba con él con tanta ingenuidad que no se atrevía a dejarla.

De súbito Natalia le dijo, sonriéndole con toda su alma, pura como flor de las nieves:

—¿Quiere usted que patinemos un poquitín juntos?

—¿También usted tomará parte en el concurso? — inquirió él tratando de esquivar la invitación de ella.

—Sí, yo también... Ya he oído lo del premio...

—¿Sabe usted patinar mucho?

—Regularmente... ¿Quiere usted verlo?

Y, más por saber si ella era capaz de ganar el premio que por placer, patinó Daniel

con Natalia, quien se creía transportada al Limbo.

Decididamente, la Cenicienta no ganaría el beso del juez, pues corría poco, por falta de hábito.

Pero la infeliz muchacha se daba por satisfecha con haber patinado como pareja del apuesto joven, en cuyo pecho se reclinó rendidamente... tanto, que ni se dió cuenta de que se le salían los patines, provocando su caída y la de él.

**

Las muchachas se alinearon para el concurso.

Daniel, en la meta, iba a dar la señal.

Entre las concursantes no se hallaba Natalia, a pesar de que no había regresado a la posada.

¿Es que se había convencido de que era inútil que se alistase en las filas de las que aspiraban al beso del juez?

¡No! ¡Nada de eso! Se había retrasado y ahora corría desesperadamente para llegar a tiempo de unirse a ellas antes de que se contara hasta tres.

Llegó a última hora, y, como las demás corredoras, lanzóse hacia la meta; pero quedó en seguida a la cola.

Podía renunciar a continuar corriendo, pero en aquel momento ocurrió algo insólito: un perro vió a un gato al que se la tenía jurada y le persiguió encarnizadamente. El gato siguió en su huída la misma dirección de las corredoras, y el perro iba a darle ya alcance, cuando, al pasar junto a Natalia, ésta perdió el equilibrio y para no ir a parar al suelo dejóse caer sobre él, que siguió corriendo con más bríos, espolleado por ella, que vió en aquél providencial socorro el medio de llegar la primera a la meta.

Y ganó la carrera, pero su llegada fué tan brusca, al saltar del can, que abrió un boquete en el suelo y cayó al fondo helado.

Varios hombres la sacaron a flote, pero Natalia no era Natalia, sino una estatua helada.

Sus ojos, recubiertos, como el rostro, de una capa de hielo, pudieron, sin embargo, ver a Daniel, y sus labios se separaron, no sin esfuerzo, para decir, alegremente:

—Yo gané. Yo he ganado el beso.

El juez miró a todos, disgustándole que la Cenicienta hubiese ganado, pero, incapaz de ofender a una mujer, se resignó a cumplir la promesa, y dijo:

—Primero... rompamos el hielo.

Separó éste del rostro de la ingenua, y la besó sin interés.

Pero el beso le supo a gloria a Natalia, que llegó a imaginarse que Daniel se había enamorado de ella tanto como ella de él.

Embobada, se le quedó mirando, deseosa de que se bisara aquella escena, pero se sintió bruscamente cogida y arrastrada hacia la posada.

¡El bruto de Benigno, al despertar, la había buscado por todas partes y, al fin, daba

con ella, dispuesto a propinarle una paliza descomunal en regresando al mesón!

Aquella noche Natalia no pudo conciliar el sueño, pensando en Daniel.

¿Su hada buena le había enviado, acaso, el príncipe de sus sueños, como a la Cenicienta de la leyenda?

—Por qué no?

Pero al día siguiente vió Natalia que no había tal posibilidad, pues Daniel partía.

En efecto, en la calle, y en un trineo, el forastero se despedía de las muchachas que habían ido a desecharle un buen viaje... y un próximo retorno.

La infeliz se abrió paso y, cuando el trineo iba a partir, se subió al estribo y dijo a Daniel, mirándole amorosamente:

—No me da usted nada?

Daniel consultó a César, sacóse algo de un bolsillo y se lo dió a Natalia, partiendo inmediatamente después.

La criada del mesón contempló como se alejaba el trineo hasta que le vió desaparecer por completo, y luego examinó, con in-

finito pesar, lo que Daniel le había entregado. ¡Era una moneda! Le recompensaba los servicios que le había prestado estando él en el mesón. ¡Qué desencanto! Ella no quería dinero, sino... otro beso.

Lejos estaba de imaginarse que Daniel no tenía ningún interés en besarla.

*
**

Fugóse el invierno, como perseguido por los alegres jinetes vestidos de rosa de la Primavera, y con ésta Holanda recobró su maravilloso aspecto de país ideal.

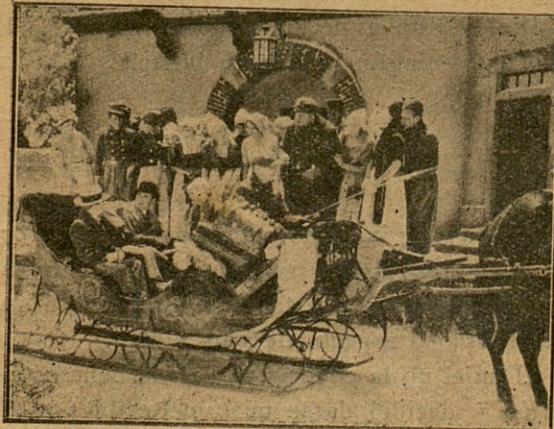
Daniel no la conocía aún en la bella estación y decidió darse una vueltecita por el mismo lugar visitado en invierno.

Volvió al mesón "El Molino Rojo" y fué muy amablemente recibido por Benigno, que seguía siendo tan bruto, a pesar de las aromas de los campos y del gorjeo de los pájaros...

Natalia no le vió llegar, pues en aquel

momento se hallaba ordeñando una vacá.

Cuando hubo llenado de leche unos cuños, los chiquillos de la localidad, que eran muy amiguitos suyos, se le acercaron, para



—¿No me da usted nada?

lo que ello sabían, y Natalia les dijo, amándoles a todos por igual:

—¿Quién quiere leche?

Todos a una contestaron afirmativamen-

te, y ella les llenó unos vasos, que pasaron de unos labios a otros.

Varios niños repitieron dos o tres veces, paladeando el néctar blanco con fruición.

Pero Benigno se encargó de aguar la fiesta.

—¡Maldita! — rugió al ver el despilfarro de leche que estaba haciendo Natalia.

Esta, aterrada, se arrojó a un pozo, y los niños se pusieron en salvo; pero Benigno se apoderó de uno y fué a encerrarlo en un molino abandonado, al que todos llamaban "El Molino de los Duendes", para escamantar en él a todos los niños que se bebían la leche de su vaca.

El niño, gordito y asustadizo, llamaba desesperadamente a su madre, para que lo sacara del tétrico encierro.

Los demás niños, temerosos de que algún duende se comiese al apetitoso gordínflón, apresuráronse a ayudar á Natalia a salir del pozo, y le suplicaron fuese a salvar a su amiguito.

—No temáis, pequeños. Yo lo sacaré de

ahí en seguida — respondió Natalia fingiendo un valor que no tenía.

Y, por los niños, acercóse al molino, abrió la puerta, cerrada por fuera, y entró a libertar al gordito.

Apenas dentro, la puerta se cerró como empujada por una mano misteriosa y Natalia tuvo un susto tremendo.

Los chiquillos no osaban acercarse, pero uno de ellos, imitando a Natalia, fué a abrir la puerta.

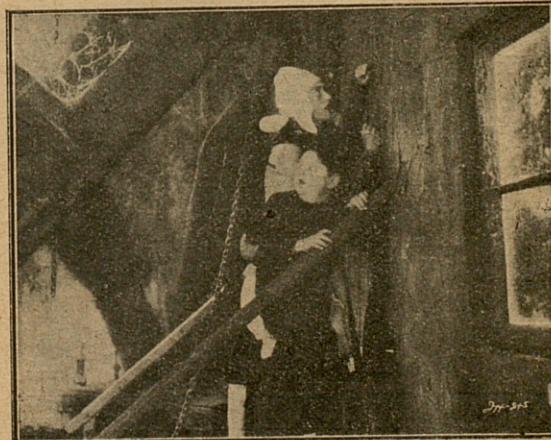
¡Y había que ver lo de prisa que salieron los dos encerrados! ¡Parecía que los perseguía el mismo diablo!

En la habitación situada al otro lado del jardín del mesón y frente a la de Daniel había una mujer recluída por voluntad paterna. Era la hija del burgomaestre. Este quería casarla con el hijo del gobernador, y para castigarla por su rebeldía en acceder a ello, y, además, para evitar que se aconsejara de alguien, la encerró allí, contando con la ayuda de Benigno.

Daniel pensó que Griselda, que así se

llamaba ella, era hermosa, y se propuso conquistarla, aprovechando la tristeza en que la cuitada debía estar.

Nadie, excepto Natalia, sabía que el cora-



... y Natalia tuvo un susto tremendo.

zón de Griselda, que no era ningún portento, físicamente hablando, pertenecía a un capitán de marina más bueno que el pan.

Los dos se amaban con locura y a todo

estaba dispuesto el galán para impedir que su adorada se casase con otro.

Aquel día el capitán entrevistóse con Natalia y le entregó una carta para Griselda, diciéndole:

—¿Se la llevarás, verdad?

—Sí, no pases cuidado, Jacobo. Yo también se lo que es amar.

—¿Ya tienes novio?

—Daniel Trigo, un forastero muy guapo, estuvo loco por mí. Cuando patinamos juntos, muy juntitos, él parecía trastornado.

—Vaya, vaya...

—Nunca olvidaré cómo me rogaba que le diera un beso. Y el día que se fué, partía el corazón ver cómo lloraba. Por eso te digo, Jacobo, que puedes tener confianza en mí.

—Gracias, Natalia. A mí me pasa con Griselda lo que a ese Daniel Trigo le pasó contigo.

Al poco cumplía la bondadosa mucha-

cha el amoroso encargo; reuniéndose con Griselda en su encierro.

—Jacobo me dió esta carta para ti — le dijo, entregándosela.



—¿Se la llevarás, verdad?

—¡Oh, Jacobín mío! — exclamó como una tontuela la enamorada.

Y abrió la carta y la devoró con los ojos. Decía así:

"Mi Griselda:

Te espero en el jardín. Tengo precisión de hablarte. Antes que te casen con el hijo del gobernador, debes fugarte conmigo, amor mío.

Te espera en el jardín, tu

Jacobito."

—¡Oh, cuánto me ama mi Jacobo! — suspiró Griselda besando la carta.

—Sí, lo mismo que Daniel me amaba a mí — dijo Natalia, suspirando a su vez.

—¡Quiero verle en seguida, en seguida! Pero ¡ay de mí! ¿Cómo lograré salir de aquí sin que me vean?

—Cambiemos de vestido. Tú serás yo y yo seré tú mientras estás en el jardín con tu Jacobo.

—¡Oh, gran idea!

Natalia ayudó a desvestirse a Griselda, y poco después, vestida ésta de criada y aquélla de señora, la verdadera señora salió al jardín, encontrando en el camino a Benigno, que le dió un puntapié para que no gan-

dulease — sin reconocerla —, y la criada convertida en señora quedó esperando a ésta en su cuarto.

Y sucedió que Daniel vió a Natalia desde su ventana en el marco del balcón del cuarto-encierro de la hija del burgomaestre, y que Natalia vió a Daniel, reconociéndole en seguida, al contrario de lo que le ocurrió a él, pues éste no pensó ni un momento en que pudieran tener relación la Natalia vista en la posada el invierno pasado y la Natalia transformada en hija del burgomaestre.

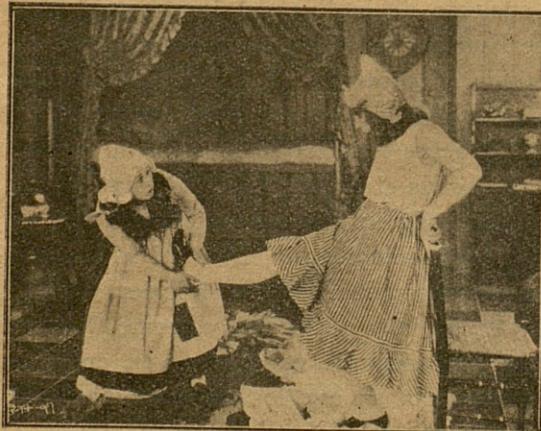
Sin encomendarse a Dios ni al diablo, Daniel encaramóse por una escalera al balcón de la falsa Griselda, y, como Natalia ardía en deseos de volverle a ver, empezaron un idilio en que los besos ocuparon la mayor parte del tiempo.

Y Daniel, loco de pasión por la que él suponía era la mocita que no quería casarse sin amor, decía, no recordando ni remotamente haberla visto nunca:

—¡Qué ciego fuí no viéndote el invierno pasado!

Natalia callaba y, vencida su timidez, besaba con toda su alma.

En tanto, Jacobo y Griselda se entrevisaban en el jardín; pero su idilio duró poco,



Natalia ayudó a desvestirse a Griselda...

pues Griselda, al descubrir que un ratón se introducía en uno de sus zuecos, echó a correr despavorida hacia su habitación, pa-

ra con la carrera obligar al roedor a marcharse.

Al oír pasos, Natalia empujó inconscientemente la escalera de mano en que se apoyaba Daniel, y éste tuvo que hacer equilibrios para no dar con sus huesos en el suelo del jardín.

¡Qué compromiso si la verdadera Griselda hubiese visto a Daniel en su balcón pellendo la pava con Natalia!

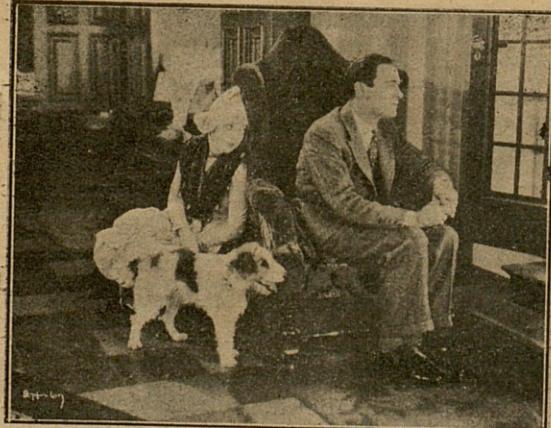
Las dos muchachas cambiaronse de ropa de nuevo, y, anhelando estar junto a Daniel, Natalia fué con un pretexto cualquiera a su habitación, sentándose a un lado del sillón que él ocupaba, sin ser advertida su presencia.

Daniel ensalzaba la belleza de la falsa Griselda, ponderando, sobre todo, su modo de besar.

César le escuchaba con tanto escepticismo como embeleso Natalia, y para cerciorarse de la beldad miró en dirección al balcón del cuarto de Griselda, y al ver a ésta no se cayó de espaldas por casualidad.

¡Qué fea!

En aquel momento subió por la escalera al balcón de Griselda el capitán Jacobo, pues no había tenido tiempo de decir a su



... sentándose a un lado del sillón...

amada lo que pensaba hacer si la obligaban a desposarse con el hijo del gobernador.

Reanudaron el idilio, como antes lo hicieran Daniel y Natalia, y ésta, que se ha-

bía apresurado a trasladarse al cuarto de Griselda, temía que vieran a aquéllos y que Daniel tomase por ella a Griselda, abrazada a Jacobo.

Y así sucedió, por obra de César, que se alegró de ello.

Daniel no vió la cara a Griselda y la confundió con Natalia.

—¡Qué locura iba a cometer! — gritó.

El capitán tomó las de Villadiego y entonces Natalia, colocándose detrás de Griselda y accionando sus brazos, dijo a Daniel, obligando a Griselda a cubrirse el rostro con un pañuelo, fingiendo llorar.

—No te enfades, Daniel. Ese capitán es un pariente mío que quiere salvarme. Es a ti, sólo a ti, a quien amo.

—¿Podemos vernos y explicarnos mejor ahora mismo? — preguntó ansiosamente Daniel.

—¡No, no! Es peligroso. Nos veremos mañana por la noche.

—De acuerdo.

Al día siguiente, habiendo llegado a oídos

del padre de Griselda rumores de que su hija amaba a otro hombre con el que se había visto la noche anterior, decidió la boda para aquella tarde.

Desesperado, Jacobo quería salvarla, y Daniel, creyendo que ella era Natalia, también.

Y Natalia, sin descubrirse, obrando a la callada, preparó la fuga, que se realizaría en el momento de la boda, gracia al ratoncito, al que soltaría en la iglesia, aprovechando la confusión que se armaría a los gritos de las asustadas mujeres.

Jacobo tendría preparado su barco, y esperaría en él tranquilamente a Griselda, pues César, por orden de Daniel, se encargaría de conducir a la novia al barco.

A todos, hasta a la novia, les llevaría engañados Natalia para que no fracasase su plan.

Su idea era salvar a Griselda y después ver lo que haría Daniel, cuando fuese al barco, al ver a aquélla en vez de ella.

¿La amaría aunque le dijesen que ella no era más que una criada?

Todo lo preparado por Natalia se realizó, pero Benigno descubrió que ella había sido la autora de la desaparición de Griselda, y para obligarla a hablar la encerró en "El Molino de los Duendes".

Aterrada por el siniestro aspecto del interior del molino abandonado, Natalia luchaba entre confesar el paradero de Griselda y su afán de salvarla.

Y prefirió morirse de miedo, hasta que Daniel, al corriente de lo sucedido mientras él iba al barco, corrió a su encuentro.

—¡Amor mío, Natalia buena! ¿Qué importa que no seas Griselda? Yo te convertiré en lo que mereces ser, y no habrá hermosura que pueda compararse a la tuya — le dijo, abrazándola.

Ella, llorando de alegría, preguntó:

—Pero ¿es cierto que me amas? ¿Es posible que mi sueño se convierta en realidad?

—¿No lo ves, Natalia? No quiero que si-

gas un momento más al lado de tu tirano.
Nos casaremos.

—¡Oh, Daniel!

Oyeron sordas pisadas. Era Benigno. Armado de una escopeta quería vengarse de los que se burlaban de él.

Pero, al subir hasta donde ellos estaban, Daniel le dió un golpe en la cabeza con la culata de su revólver y aprovecharon el ligero desmayo del bruto para huir. Lo hicieron por las aspas del molino, y cuando Benigno trató de perseguirles, rompióse la cuerda que inmovilizaba las aspas y éstas empezaron a voltear furiosamente, bajo una lluvia torrencial y como si quisieran desquitarse del tiempo de paralización.

Daniel y Natalia ya habían puesto pie en tierra y se alejaron, rumbo a la felicidad, mientras Benigno rugía aferrado epilépticamente a las endiabladas y justicieras aspas...

FIN

B.